

LA UNIÓN SOVIÉTICA Y CUBA: UNA RELACIÓN ESPECIAL

JACQUES LÉVESQUE

A PRINCIPIOS de los años sesenta, Cuba cambió de campo en condiciones extremadamente difíciles y precarias. Este cambio le planteó problemas y complicaciones de diversos tipos, pero le permitió ocupar un lugar y desempeñar un papel de una importancia sin precedente en el plano de las relaciones internacionales, y totalmente desproporcionado respecto a los atributos tradicionales de poder con que podía contar. El hecho de que un Estado pequeño adquiriera una importancia internacional mayor que lo que sus medios permitirían suponer no es, desde luego, un fenómeno novedoso. Sin embargo, este fenómeno se presenta por lo general con una crisis y desaparece con ella. Lo interesante en el caso de Cuba es que la importancia que adquirió no ha sido efímera. Durante casi toda la década de los años sesenta, esta importancia se manifestó en diversas formas; y aunque disminuyó a principios de los años 70, ha vuelto a aparecer dado el papel que desde hace dos años Cuba ha estado desempeñando en África.

Las modalidades de las relaciones de Cuba con la URSS adquieren un carácter particular e interesante, no únicamente por la importancia que Cuba obtiene de ellas, sino también por la naturaleza misma de sus relaciones, si se les examina dentro de la problemática de la dependencia.

En efecto, si se toma en consideración el apoyo militar y la ayuda económica masiva de la URSS que Cuba necesitó para sobrevivir, era de esperarse que se produjera una situación de dependencia muy estrecha. Ahora bien, durante muchos años Cuba se ha permitido desafiar a la Unión Soviética, obstaculizar sus políticas en el seno del movimiento comunista internacional, así como en América Latina, al mismo tiempo que recibía la ayuda económica que Moscú se sentía obligado a seguirle dando. En la historia del mundo comunista, ningún otro Estado socialista ha podido desafiar con tal impunidad a la URSS; asimismo, desde que existe la URSS, Cuba es sin duda alguna el Estado que mayores ventajas ha obtenido de ella, mismas que ha pagado con un mínimo de dependencia.

Como veremos a continuación, estos hechos pueden explicarse tanto por la situación geo-estratégica de Cuba, como por la coyuntura política inter-

nacional de los años sesenta y en particular por la que en ese momento atravesaba el movimiento comunista. Para destacar la especificidad y la originalidad de las relaciones soviético-cubanas, las examinaremos a partir de tres niveles diferentes: estratégico, económico y político.

LAS RELACIONES ESTRATÉGICAS Y MILITARES

En 1959 las reacciones soviéticas a la revolución cubana fueron extremadamente prudentes. La prensa soviética hablaba poco de los acontecimientos cubanos, pero lo hacía en términos favorables y mostrando una cierta simpatía. Curiosamente, sin embargo, evitaba emplear las fórmulas rituales, vagas y poco comprometedoras, que le eran usuales cuando hablaba de las revoluciones nacionalistas y anti-imperialistas de cualquier otra parte del Tercer Mundo y que consistían en afirmar que dichas revoluciones “podían contar con el apoyo del pueblo soviético”.

La Unión Soviética manifestaba una intención muy clara de neutralidad, aun a nivel puramente simbólico. Esta intención podía explicarse en un primer momento por la incertidumbre que prevalecía sobre la orientación política que adoptarían los dirigentes cubanos. Sin embargo esta explicación resulta insostenible a partir de la segunda mitad de 1959, en la que presenciamos la radicalización de la revolución cubana, que entonces se manifestó con la reforma agraria más avanzada que haya conocido América Latina. Desde hacía varios años, los teóricos soviéticos afirmaban que la reforma agraria era la medida revolucionaria más urgente para América Latina. ¿Por qué no apoyar entonces a los que se atrevían a llevarla a cabo?

De hecho, la causa fundamental de la reticencia de los dirigentes soviéticos a comprometerse era la proximidad de Cuba con Estados Unidos y su extrema vulnerabilidad. Se podría decir que una verdadera obsesión respecto a la inseguridad de la revolución cubana va a determinar y a estructurar, de manera decisiva, el comportamiento soviético durante los cuatro primeros años de la revolución.

El ejemplo de lo que sucedió en Guatemala en 1954 durante el régimen de J. Arbenz estaba aún fresco en la memoria de los dirigentes soviéticos que sólo habían podido ser espectadores impotentes. Más todavía, en abril de 1959, la prensa soviética escribía que Estados Unidos “soñaba con repetir el caso de Guatemala”.¹ Los autores soviéticos evitaban en el caso de Cuba referirse a uno de sus temas favoritos desde 1956, según el cual las relaciones de fuerza habían cambiado en el mundo y Estados Unidos

¹ *Izvestia*, 10 de abril de 1959.

ya no tenía las mismas posibilidades que antes de exportar la contra-revolución, por el hecho de que la URSS contaba con nuevas capacidades de disuasión. Esta tesis, que apoyaba la de la coexistencia pacífica tenía pues, aparentemente, un carácter selectivo y no podía aplicarse a una zona tan delicada como la del Caribe.

Los observadores soviéticos consideraron muy positivo el hecho de que Fidel Castro dismantelara totalmente el ejército y la policía de Batista. Seguramente también tomaban en cuenta el ejemplo de Guatemala, porque en última instancia en este caso la caída del régimen fue provocada por la defección del ejército, el cual exigió la renuncia del presidente Arbenz después del ataque que realizó el ejército de exiliados que había organizado Estados Unidos, aun cuando en sí mismo dicho ataque no haya sido decisivo.

Durante la segunda mitad de 1959, el interés y la simpatía de la URSS por Cuba fueron en aumento ante la reforma agraria y la acentuación del nacionalismo antiamericano de Fidel Castro, nacionalismo que acrecentaba cada vez más la popularidad de su régimen. La consolidación progresiva de este último, en 1959, fomentaba en la URSS un optimismo prudente en cuanto a sus posibilidades de sobrevivencia. A pesar de esto, los dirigentes soviéticos permanecían pasivos.

La reserva de la URSS no sólo se explica por su temor a meterse en terreno peligroso. Paradójicamente, ésta también se explica por el interés que tenía en la revolución cubana. En efecto, los dirigentes soviéticos trataban de evitar cualquier gesto que pudiera provocar una intervención norteamericana en contra de Cuba. Temían que al comprometerse rápida y abiertamente con Cuba se precipitara una intervención a la que difícilmente podrían oponerse.

Uno de los temas más recurrentes en la prensa soviética en 1959 acerca de Cuba, era negar la existencia de cualquier peligro comunista en ese país. Por otra parte, los dirigentes cubanos respondían en el mismo sentido a las acusaciones hechas por varios diarios norteamericanos a este respecto. Obviamente los soviéticos buscaban no dar lugar a que con el pretexto de la expansión comunista y soviética, Estados Unidos llevara a cabo una eventual intervención que en su caso podría justificar ante la opinión internacional.

Para la URSS era una manera de proteger a bajo costo una situación prometedora pero no prioritaria. Finalmente, dentro del contexto de la visita de Jrushov a los Estados Unidos y de su encuentro con Eisenhower en Campo David —encuentro que marcó uno de los momentos importantes del descongelamiento y en el cual esperaba llegar a un acuerdo, para él prioritario, respecto al problema de Berlín—, a Jrushov no le intere-

saba incomodar a su adversario inmiscuyéndose en la que constituía la zona de influencia más sensible de este último.

Sin embargo, un interés no puede mantenerse indefinidamente en la pasividad. A finales de 1959 la impaciencia manifestada por los comunistas cubanos frente a la pasividad soviética² y la voluntad de entablar relaciones manifestada por Fidel Castro exigían un compromiso. Fidel Castro actuó de manera lenta y gradual, con la clara intención de no provocar una fuerte reacción por parte de Washington. Moscú se limitó, en un principio, a mantener relaciones de orden económico. Las compras de azúcar efectuadas por la URSS en 1959 eran inferiores a las que había hecho en tiempos de Batista, en 1957. Era la mejor manera de restarles todo contenido político. En febrero de 1960, Anastas Mikoyan viajó a la Habana para inaugurar una feria comercial soviética. Esta visita dio lugar al primer encuentro soviético-cubano de alto nivel. Durante su estancia en la Habana, Mikoyan tuvo especial cuidado en subrayar en sus declaraciones públicas el carácter de "negocio", o puramente económico, de su visita. Las relaciones económicas entre los dos países fueron elevadas a un nivel superior al que existía en 1959.

Tres meses después de la visita de Mikoyan, o sea en mayo de 1960, se establecieron relaciones diplomáticas entre Moscú y la Habana. El retraso con que se dio este paso, aparentemente inocente, es muy significativo. Subraya la intención soviética de delimitar claramente las etapas y de retrasar el darle un contenido político abierto a las relaciones soviético-cubanas.

Esta "politización" se manifestaría en forma brutal en julio de 1960, después de la decisión tomada por Fidel Castro de nacionalizar las compañías petroleras norteamericanas, decisión que dio lugar a las primeras represalias económicas formales y abiertas de los Estados Unidos. Fue entonces cuando Jrushov hizo saber que la URSS compraría todo el azúcar cubano que Estados Unidos suprimiera de su cuota de importación. No contento con haber lanzado este primer reto a Estados Unidos en lo relativo a Cuba, Jrushov lo combinó con una amenaza, recordando que a partir de ese momento Estados Unidos se encontraba al alcance de los proyectiles soviéticos, los cuales podrían ser utilizados en caso de una intervención a Cuba.³

Este viraje espectacular en la actitud soviética merece examinarse, ya que obedece a una lógica particular que vuelve a aparecer a lo largo de las relaciones soviético-cubanas. En primer lugar habrá que mencionar el

² Edward González, *The Cuban revolution and the Soviet Union*, disertación doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1966.

³ *Pravda*, 10 de julio de 1960.

fracaso de la conferencia cumbre de París de mayo de 1960 y el consecuente deterioro de las relaciones soviético-norteamericanas; así como la polémica ideológica lanzada en abril por China, que reprochaba a la URSS, sin nombrarla, su actitud demasiado conciliadora con Estados Unidos y su apoyo demasiado débil al movimiento revolucionario; ambos factores creaban una coyuntura favorable para que la URSS se comprometiera más a fondo con el gobierno cubano. Pero, paradójicamente, la vulnerabilidad misma de Cuba desde el punto de vista de los dirigentes soviéticos imponía un compromiso brusco y con aire de provocación.

Desde el momento en que ya no era posible mantener un compromiso ambiguo sino que había que retar a Estados Unidos, como había sucedido en el caso de las compras de azúcar, Jrushov parece haber considerado que había que "jugar el todo por el todo", lanzarse de un golpe, para demostrar su determinación, esperando de esta manera disuadir al adversario. Lanzar un desafío sin apoyo de este tipo le parecía sin duda una invitación más provocativa a la intervención, que jugar al "doblo o nada".

Estados Unidos había formulado la teoría estratégica de la represalia masiva para la defensa de Europa occidental, en donde se encontraba en posición de inferioridad en el plano de las fuerzas militares clásicas. Esta teoría había perdido parte de su credibilidad desde 1957-1958, cuando los soviéticos habían perfeccionado misiles capaces de llegar hasta Estados Unidos. Sin embargo, esta credibilidad no estaba todavía tan debilitada como lo está en la actualidad y Jrushov pretendía conservarla a fin de poder esgrimirla a su vez. Quizá creyó que la determinación que había manifestado había contribuido, *parcialmente*, a disuadir a los Estados Unidos de intervenir directamente para apoyar la invasión de los exiliados cubanos en Bahía de Cochinos, en abril de 1961.

El apoyo masivo que Cuba recibió de Moscú, a partir de julio de 1960, tuvo como consecuencia acelerar considerablemente el proceso revolucionario. Todas las empresas estadounidenses fueron nacionalizadas y a partir del otoño fue el turno de las empresas de capital nacional; de tal manera que para fines prácticos, se había suprimido el capitalismo en Cuba. Sin embargo, Fidel Castro aún no se llamaba a sí mismo socialista.

No fue sino hasta abril de 1961, cuando la invasión de Bahía de Cochinos, que Castro confirmó el carácter socialista de la revolución cubana. Esta declaración no tuvo eco oficial en la URSS. En el verano de 1961, Fidel Castro fusionó sus fuerzas políticas con las del partido comunista cubano, con vistas a la formación de un partido único y en diciembre de 1961 anunció su adhesión personal y total al marxismo-leninismo. Sin embargo, la URSS aún no reconocía a Cuba como socialista. Es muy importante entender la causa principal de esta reticencia.

Al postular la entrada de Cuba al campo socialista, Fidel Castro quería obtener de la URSS no sólo garantías verbales de protección, ya que estaba convencido de que el fracaso de Bahía de Cochinos no había puesto fin a las miras intervencionistas de Washington. Ante las reticencias soviéticas a reconocer a Cuba como socialista, al declararse marxista-leninista Fidel Castro quiso enfrentar a Moscú ante un hecho consumado.

Ahora bien, al negarse a reconocer a Cuba como miembro del campo socialista los dirigentes soviéticos no querían o creían que no podrían proporcionar a Cuba mayores garantías de protección. En primer lugar, consideraban que las profesiones de fe socialista, y posteriormente marxista-leninista de Fidel Castro acrecentaban la vulnerabilidad de Cuba. Ciertos acontecimientos parecieron, por otra parte, darles la razón. Hacia finales de enero de 1962, durante la celebración de la Conferencia de Punta del Este, Estados Unidos logró que los miembros de la OEA votaran unánimemente una resolución que estipulaba que "el marxismo-leninismo es incompatible con el sistema panamericano", y que excluyeran a Cuba de esta organización regional. Hasta entonces, Estados Unidos no había logrado movilizar a la OEA para dictar sanciones contra Cuba. Moscú consideraba que la ausencia de una decisión de la OEA a este respecto había contribuido a disuadir a Estados Unidos a comprometerse más cuando la invasión de Bahía de Cochinos, en la medida en que no le otorgaba justificación internacional. Ahora bien, con la adhesión de Cuba al marxismo-leninismo Estados Unidos había obtenido con cierta facilidad una justificación moral.

Los dirigentes soviéticos más conservadores se encontraban aún imbuidos de la teoría estalinista según la cual "la rueda de la historia no puede retroceder" y por lo tanto un país miembro del campo socialista no puede ser separado del mismo. Hasta entonces, el campo socialista se había desarrollado siempre en torno a las fronteras de la URSS, lo que facilitaba una defensa flexible. No sucedía lo mismo con Cuba, que habría sido el punto débil del campo socialista, un Berlín al revés. Si las amenazas verbales de represalias dirigidas a Estados Unidos fracasaban y si se llevaba a cabo un ataque directo contra Cuba los dirigentes soviéticos se habrían encontrado ante una alternativa insoportable: o desencadenar la guerra nuclear total o, por primera vez en la historia del mundo comunista, permitir que un Estado miembro fuera arrancado del mismo. Por esta razón no estaban dispuestos a aceptar a este nuevo miembro demasiado frágil.

Los dirigentes soviéticos vacilaban, pero algunos tenían "tentaciones". Era el caso particular de Jrushov, que se inclinaba más a correr riesgos y quien declaraba en el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en octubre de 1961 que Cuba había inscrito "los objetivos socialistas" en su bandera. El hecho de que las declaraciones no hayan

sido publicadas ni citadas siquiera por los artículos de *Pravda* sobre Cuba, indica que en ese momento Jrushov estaba en posición de minoría.⁴

La revolución cubana y el giro que fue tomando confirmaban muchas de las innovaciones teóricas de Jrushov, puestas en tela de juicio por los chinos, especialmente las referentes a "la tercera fase de la crisis general del sistema capitalista mundial" que confirmaban la posibilidad del advenimiento de nuevos estados socialistas dentro del contexto de la coexistencia pacífica y las innovaciones relacionadas con la "democracia nacional" que preveían la convergencia del nacionalismo y del socialismo en el Tercer Mundo. Para Jrushov, la URSS debía ser capaz de mantenerse dentro del sentido de la historia, aceptar el desafío cubano sin descuidar las repercusiones que pudiera tener en América Latina.

En abril de 1962, cuando las relaciones soviético-cubanas corrían el riesgo de deteriorarse ante el creciente mal humor de Fidel Castro, Jrushov logró alcanzar una decisión mayoritaria y finalmente *Pravda* reconoció a Cuba como socialista. Este reconocimiento lo llevó a cabo en forma discreta y sin ostentación,⁵ lo cual indica que los temores de los dirigentes soviéticos no se habían disipado. Todo parece indicar que fue poco tiempo después cuando se tomó la decisión de instalar en Cuba los misiles soviéticos que conducirían a la famosa crisis de octubre de 1962.

La mayoría de los autores occidentales que se interesaron en la crisis de los misiles sostienen que ésta tenía poco o nada que ver con la defensa de Cuba.⁶ Al ver el problema exclusivamente desde la perspectiva de las relaciones entre las dos grandes potencias, han atribuido la instalación de los misiles a una intención de la URSS de modificar a su favor el equilibrio de las fuerzas nucleares. Sin duda alguna esta preocupación intervino en la decisión soviética, pero la defensa de Cuba fue un elemento fundamental. Esto indica claramente la dinámica propia de las relaciones soviético-cubanas.⁷

La decisión de instalar misiles en Cuba sobrevino poco después del reconocimiento del carácter socialista de la revolución; aparece entonces como un medio para integrar militarmente a Cuba al campo socialista y

⁴ Para más detalles en lo referente a las divisiones de la dirección soviética sobre esta cuestión, consultar: Jacques Lévesque. *L'URSS et la Révolution Cubaine*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques et Presses de l'Université de Montréal, 1976, pp. 50-58.

⁵ *Pravda*, 11 y 15 de abril de 1962.

⁶ Andrés Suárez, *Cuba: Castroism and Communism*, 1959-1966, Cambridge, MIT Press, 1967; Tatu Michel, *Le Pouvoir en URSS*, Grasset, París; 1967; A. Horelick, *The Cuban Missile Crisis. An Analysis of Soviet Calculation and Behavior*, The Rand Corporation, Santa Mónica, 1963.

⁷ Para una elaboración detallada de esta tesis, véase: Jacques Lévesque, *op. cit.*, capítulo I.

responder al mismo tiempo a las exigencias de Fidel Castro en el área de defensa. En efecto, si Estados Unidos no hubiera descubierto los misiles *antes de que fueran operativos* Cuba se habría transformado en un “santuario”. De ahí que cuesta trabajo imaginar cómo Estados Unidos hubiera podido amenazar, como lo hizo, con bombardear las bases si éstas no eran desmanteladas en un plazo de tres días. Al transformarse Cuba en “santuario” hubiera estado mejor protegida que mediante un simple tratado de defensa cuya “operatividad” podía ser dudosa.

Cuando se conoce el trágico desenlace que tuvo la crisis para la URSS cabe preguntarse cómo es que ésta pudo lanzarse a una aventura tan arriesgada, dado que por lo general su política exterior es muy prudente. En primer lugar, la forma en que se concluyó este asunto no era la única alternativa posible. Además, la vulnerabilidad de Cuba tal como la colegía la URSS no le dejaba una gran libertad de maniobra, y la misma dinámica de el “doble o nada” del verano de 1960 parece haberse desencadenado nuevamente.

Como se sabe, la crisis del otoño de 1962 desprestigió a la Unión Soviética, que tuvo que retirar sus misiles y contentarse con un compromiso de Estados Unidos de no invadir Cuba. Esta compensación, que pareció pequeña en un primer momento, no era despreciable para la Unión Soviética. Fue un alivio enorme, aunque no total en su obsesión en torno a la vulnerabilidad de Cuba, obsesión que había sido el pivote de toda su política con respecto a esta última.

Sin embargo, Fidel Castro no se encontraba de manera alguna seguro ni satisfecho de la promesa americana. El retiro unilateral de los misiles llevado a cabo por la URSS ocasionó el primer deterioro serio de las relaciones soviético-cubanas y un cierto acercamiento de Cuba hacia China.

Los dirigentes soviéticos hicieron diversos esfuerzos para tranquilizar a Castro. Primero, aumentaron considerablemente los suministros de armas convencionales a Cuba, de tal manera que su ejército se convirtió en uno de los más poderosos del hemisferio occidental. Esto le permitió resistir a los ataques esporádicos provenientes de Estados Unidos o de alguna otra parte y a toda tentativa más importante de intervención excepto, claro está, la de una intervención norteamericana directa, que para tener éxito hubiera tenido entonces que ser masiva. A este respecto los soviéticos intentaron tranquilizar todavía más a Castro afirmando con fuerza la pertenencia de Cuba al campo socialista como miembro activo y recalcándole que la URSS era lo suficientemente “respetable” como para que Estados Unidos cumpliera su promesa. Como miembro del campo socialista, Cuba tuvo derecho a una ayuda económica ampliada sustancialmente. Todo esto pareció satisfacer, al menos parcialmente, al dirigente cubano a juzgar por sus palabras des-

pués de haber efectuado dos visitas a la URSS en 1963 y 1964 respectivamente.

Sin embargo, los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam del norte en 1965, su prolongación al igual que su intensificación, inquietaron profundamente al dirigente cubano. Tuvo que enfrentarse a la dolorosa evidencia de que la adhesión al campo socialista, adhesión que tanto había buscado por razones de seguridad, podía ofrecer una protección poco eficaz por parte de la URSS. Fidel Castro empezó a exigir públicamente que el "campo socialista asumiera los riesgos necesarios en Vietnam".⁸ Dado que sus llamamientos en ese sentido surtieron poco efecto, en 1966 afirmaba con amargura: "No creemos que sea conveniente que un pueblo confíe su seguridad a otros, o siquiera que cuente demasiado con la ayuda de otros para defenderse, lo estamos viendo en Vietnam".⁹

Esta situación contribuyó a convencer a Fidel Castro, aún más que antes, de que la seguridad e incluso la sobrevivencia de la revolución cubana sólo podía consolidarse si se extendía la revolución al continente latinoamericano. Además fue precisamente en 1966 y 1967 cuando Castro realizó los mayores esfuerzos para ampliar la guerrilla en América Latina, denunciando a los partidos comunistas que se oponían a ello. Fue la peor época de las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética. Fue también la época en que para presionar a la Unión Soviética, Cuba trató de organizar, con cierto éxito, una coalición con los tres Estados socialistas amenazados más directamente por Estados Unidos: Vietnam del Norte, Corea del Norte y Cuba misma.

Cuando las relaciones soviético-cubanas se recuperaron para mejorarse, por razones que analizaremos más adelante, el problema de la seguridad de Cuba y de las responsabilidades militares de la URSS a este respecto continuó preocupando a Fidel Castro. De esta manera, en agosto de 1968 Castro aprobó la invasión soviética de Checoslovaquia como una medida para evitar el desprendimiento "de un eslabón de la comunidad de Estados socialistas". No obstante, al mismo tiempo, en un tono provocador se preguntaba respecto a los dirigentes soviéticos: "¿Enviarán divisiones del Pacto de Varsovia a Cuba, si los imperialistas yanquis atacan nuestro país o siquiera ante la amenaza de ataque, si nuestro país lo solicita?"¹⁰

Dos años después, en 1970, al comentar las exigencias norteamericanas de disolución de los lazos militares con la URSS como condición para levantar el bloqueo económico, el dirigente cubano declaraba nuevamente: "Jamás romperemos nuestros lazos políticos con la Unión Soviética o in-

⁸ *Pravda*, 18 de marzo de 1965.

⁹ Fidel Castro, *Révolution Cubaine II*, Francois Maspero, París, 1968, p. 145.

¹⁰ *Granma*, 25 de agosto de 1968 (selección semanal en lengua francesa).

cluso lo que ellos llaman lazos militares; ¡por el contrario! En lo que a nosotros respecta, estaremos siempre dispuestos a acrecentar nuestros lazos militares con la Unión Soviética".¹¹ El mensaje iba dirigido, sin duda, tanto a Moscú como a Washington.

A partir de 1969, con el mejoramiento de las relaciones soviético-cubanas, dio comienzo una serie de visitas intermitentes de buques de guerra soviéticos a Cuba. Los buques, entre los que se podían encontrar de vez en cuando submarinos nucleares, fondeaban en aguas cubanas por periodos prolongados.¹² Estas actividades militares responden sin duda alguna a los compromisos solicitados por Fidel Castro. Además, encajan perfectamente con la estrategia general de la URSS.

Una de las lecciones importantes que la Unión Soviética sacó de la crisis de los misiles fue, sin duda, la de percatarse de la necesidad de poseer la fuerza local de intervención o de disuasión que le había hecho falta en el momento preciso. La expansión general de la marina soviética, tanto en el Mediterráneo como en el Océano Índico, iba dirigida a corregir esta situación. Los objetivos eran explícitos. De esta manera, en 1970, el almirante soviético Gorshtiov declaraba: "La presencia de nuestros buques en estas regiones ata las manos de los imperialistas y limita sus posibilidades de intervenir libremente en los asuntos internos de los pueblos".¹³

Así, las visitas y la estancia de los buques militares soviéticos en costas cubanas, se revelan como la intención de introducir progresivamente una modificación en la relación local de fuerzas en el Caribe. Sin embargo, la ausencia de una base técnica frena la flexibilidad logística y las posibilidades de expansión de la flota soviética.

Quizá esta nueva forma de presencia militar soviética en apoyo de Cuba ha contribuido a tranquilizar a Fidel Castro, quien en los últimos años ya no ha dado muestras de insatisfacción en materia de seguridad. ¿Quizá, también con los años, se convenció de la fuerza del compromiso americano del otoño de 1962?

Cualesquiera que fueran las certitudes o incertidumbres de Castro, no deja de ser extraño que la URSS y Cuba nunca hayan firmado un tratado oficial de defensa y asistencia mutuas.

LAS RELACIONES ECONÓMICAS

Las cuestiones económicas han sido objeto de divergencias casi constan-

¹¹ *Granma*, 3 de mayo de 1970.

¹² Véase: James Théberge, (ed.), *Soviet Seapower in the Caribbean: Political and Strategic Implications*, Nueva York, Praeger, 1972.

¹³ Citado por D. W. Mitchell, en J. P. Théberge, *op. cit.*, p. 36.

tes entre la URSS y Cuba. A pesar de ello, nunca han sido una fuente de conflicto fundamental. La dimensión política ha predominado siempre para la URSS en las relaciones entre los dos países, y las cuestiones económicas, cualquiera que sea su importancia, han estado siempre subordinadas a los imperativos políticos.

En julio de 1960, días después de que Jrushov se comprometiera por primera vez a defender a Cuba, una delegación cubana encabezada por Raúl Castro viajó a Moscú para discutir, entre otras cosas, la ayuda económica. En el comunicado publicado después de la visita, la URSS se comprometía a abastecer a Cuba con los productos que Estados Unidos y otros países le negaban, "basándose en el desarrollo de las relaciones comerciales normales".¹⁴ Esto implicaba una restricción importante en el marco y las formas de ayuda que los soviéticos pensaban conceder a Cuba, y así se lo hicieron saber explícitamente a sus interlocutores. Sin embargo, el vigor del compromiso político que había tenido que asumir Jrushov no le permitió salir airoso en lo relativo al aspecto económico y los dirigentes cubanos pudieron forzarle la mano.

En diciembre de 1960, otra delegación cubana, encabezada esta vez por Guevara, viajó a Moscú e hizo firmar a los soviéticos un comunicado que estipulaba que "la Unión Soviética aceptaba adoptar todas las medidas posibles para abastecer a Cuba con productos que fueran vitales y esenciales para su economía cuando éstos no pudieran ser comprados en otros países".¹⁵ Con ello, Moscú abandonaba la idea de poder abastecer a Cuba "basándose en las relaciones comerciales normales". Sin embargo, era evidente que la URSS no quería convertirse en el proveedor casi exclusivo de Cuba. Los soviéticos sabían que Cuba no podía cambiar radical y súbitamente de socios comerciales sin que esto no causara, por sí mismo, rupturas costosas dentro de una economía equipada con material occidental; sabían también que quizá tendrían que sufragar una parte importante del costo de tales rupturas y de las readaptaciones necesarias. Claro está que no tenían ninguna prisa en ver acrecentarse su carga económica y no deseaban una ruptura comercial completa de Cuba con Estados Unidos, y consideraban que los dirigentes cubanos tomaban demasiado a la ligera esta posibilidad.

La política económica interna de los guerrilleros suscitó muy pronto reservas por parte de la Unión Soviética. La nacionalización de las empresas norteamericanas en el transcurso del verano de 1960 fue aplaudida por la prensa soviética, que veía en ello una medida dirigida a crear un poderoso sector estatal susceptible de convertirse en el motor principal de la

¹⁴ *Pravda*, 21 de julio de 1960.

¹⁵ *Pravda*, 20 de diciembre de 1960.

economía. Sin embargo, cuando unos meses después Fidel Castro se lanzó a nacionalizar las empresas privadas cubanas, los soviéticos guardaron un silencio desaprobador. En Moscú, se pensaba que la revolución cubana quemaba peligrosamente las etapas, aun dentro de la perspectiva de una transición hacia el socialismo que, por lo demás, no era en aquel entonces un objetivo que se admitía formalmente, ni siquiera en Cuba. En efecto, como consecuencia de la difícil prueba experimentada en los primeros momentos del poder bolchevique, la mayoría de los países socialistas, ya fueran los de Europa del Este o China prefirieron mantener un sector privado relativamente importante durante un periodo inicial bastante largo, mientras se llevaba a cabo el establecimiento del sector estatal y de la planificación, con el fin de evitar desequilibrios graves y para asegurar una transición menos dura. Ahora bien, los soviéticos temían, no sin razón, que la velocidad con que actuaban los dirigentes cubanos provocara un caos económico del cual tendrían que asumir gran parte de los gastos.

De hecho, Moscú temía sobre todo que dificultades económicas demasiado graves suscitaran una importante ola de agitaciones en el seno de la población cubana, lo cual habría constituido otra incitación más, y no despreciable, a que Estados Unidos interviniera. No hay, pues, por qué exagerar la importancia de las reticencias de orden económico de los dirigentes soviéticos: ése es justamente el punto en que se dio con mayor celeridad el ajuste de los soviéticos a las demandas cubanas. En efecto, aceptaron con mayor facilidad las condiciones respecto al orden económico que en relación al reconocimiento del fenómeno socialista en Cuba.

A partir de 1960, los dirigentes cubanos anunciaron una estrategia de desarrollo económico en extremo ambiciosa, con miras a alcanzar, a largo plazo, una amplia independencia económica y que proponía, a corto plazo, desarrollar varias ramas de la industria pesada. Los soviéticos no podían aceptar esta estrategia ya que en ese momento empezaban a promover más en serio la especialización económica entre los países de Europa del Este y a oponerse a los planes de Rumania que quería construir un enorme complejo siderúrgico sin tener las materias primas necesarias, y cuya racionalidad económica dentro del marco del COMECON era más bien débil. Las objeciones serían aún más fuertes en el caso de Cuba. Debido a su dimensión, a sus recursos humanos y técnicos, los proyectos cubanos serían juzgados como poco realistas. Tal vez los dirigentes soviéticos no hicieron mucha presión sobre sus homólogos cubanos, ya que su desaprobación se manifestó sólo indirectamente, por medio del silencio de la prensa soviética respecto a este problema. Es cierto que al no ser Cuba miembro del COMECON, sus proyectos económicos no obstaculizaban, a diferencia de los de Rumania, la política que se quería implantar en el seno de esta orga-

nización. Sin duda, los soviéticos comunicaron sus reservas a los dirigentes cubanos, pero no fueron escuchados. Aparentemente trataban con mucha precaución el nacionalismo cubano, ante el ejemplo de lo que estaba sucediendo con las relaciones cubano-norteamericanas.

Tres años más tarde, o sea en la primavera de 1963, los dirigentes cubanos decidieron abandonar esta estrategia de desarrollo debido a que no había dado los resultados esperados. Muchas de las nuevas empresas que se habían establecido habían demostrado ser totalmente ineficaces y ocasionaban importantes derroches. Se resolvió hacer de la caña de azúcar la espina dorsal de la economía cubana y desarrollar la industria en relación estrecha con la agricultura y la producción azucarera. Esta vez, los comentaristas soviéticos manifestaron abiertamente su satisfacción mediante declaraciones que no dejaban dudas respecto a sus opiniones anteriores. Se observó que la concentración de esfuerzos sobre la agricultura iba a permitir elevar más rápidamente el nivel de vida de la población y que el mantenimiento de la productividad en ese sector era precondition para la eliminación del sistema de cosecha única.¹⁶ Efectivamente, la producción azucarera había disminuido desde la revolución. Se señalaba también con satisfacción que "la economía cubana no siguió el arriesgado camino de la autarquía preconizada por los dirigentes del Partido comunista chino".¹⁷

Si a partir de entonces Moscú estuvo de acuerdo con la estrategia de desarrollo seguida por los cubanos, durante varios años no lo estaría respecto a los métodos que éstos empleaban: los juzgaba demasiado espontáneos y voluntaristas. Tampoco estaba de acuerdo con la insistencia sobre los estímulos morales que iban en detrimento de los estímulos materiales.

Es difícil evaluar con precisión el monto de la ayuda económica acordada a Cuba por los soviéticos. Durante los años sesenta algunos autores norteamericanos estimaron que el costo neto para la Unión Soviética era de un millón de dólares diarios. Se sabe, porque Fidel Castro lo declaró públicamente, que todo el material militar les fue proporcionado gratuitamente. No hay cifras sobre ello. Para lo demás los soviéticos intentaron mantener una base comercial pero "anormal", es decir que anualmente el déficit comercial de Cuba siguió incrementándose hasta alcanzar sumas acumuladas considerables. Además, el precio fijado para el azúcar cubano fue por lo general mayor al precio en el mercado mundial. Por último, cuando las relaciones entre los dos países eran óptimas y cuando los precios del mercado mundial eran favorables, la URSS autorizó a Cuba a distraer

¹⁶ B. B. Nikiforov, "Urgent problems of Latin America" en *International Affairs*, no. 8, agosto de 1964, pp. 93-97.

¹⁷ M. A. Serebrovskaja, "La formación del método socialista de producción", capítulo de la obra colectiva, *Osvoboditel'noe dvizhenie v Latinskoj Amerike*, Moscú, Nauka, 1964, pp. 57-58.

cantidades de azúcar que ya estaban previstas en sus cuotas de importación para venderlas en los mercados occidentales, obtener a cambio divisas y mejorar su posición comercial.

Aun en los peores momentos de las relaciones soviético-cubanas no existen evidencias de represalias directas, es decir, de cortes o reducciones en los suministros soviéticos. Sin embargo, no cabe duda que se ejercieron presiones económicas, pero a través de negativas. Por ejemplo, cuando Cuba pidió un aumento de 8% en los suministros soviéticos de petróleo para satisfacer el crecimiento de su economía, la Unión Soviética se negó a aumentarlos en más del 2%; Fidel Castro reaccionó enérgicamente en contra de este rechazo.

A la inversa, cuando las relaciones políticas que existían eran óptimas Moscú daba pruebas de "generosidad". Por ejemplo, en 1972, cuando Cuba aceptó formar parte del COMECON, la URSS admitió aplazar, para todos los fines prácticos hasta las calendas griegas, el pago de la deuda exterior cubana. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Cabe hacer notar que para la URSS la adhesión de Cuba al COMECON revestía un interés más político que económico. Dado que la entrega de los productos cubanos por lo general era irregular, encajaba mal con los objetivos de coordinación precisas y rigurosas que el COMECON buscaba alcanzar. Por el contrario, la adhesión de Cuba venía a reforzar la posición internacional de este organismo, en un principio regional, en un momento en que los lazos económicos entre Europa del Este y el mundo occidental se multiplicaban, y por lo tanto, necesitaba ser revalorizado.

No fue sino dos años después de la reconciliación soviético-cubana, o sea en 1970, cuando empezaron a armonizarse las concepciones de los dos países en lo referente a la gestión económica. El motivo fue el fracaso de la gran zafra, cuyo objetivo, fijado por Fidel Castro, era una cosecha excepcional de 10 millones de toneladas de caña de azúcar. Ésta se había convertido en el objetivo político número uno de Cuba y en un clima febril de movilización general todo se puso en marcha para alcanzarlo. La cosecha fue finalmente de 8 millones de toneladas, lo que representaba una hazaña. Sin embargo, debido a que todas las energías se concentraron en la cosecha, se descuidaron otros sectores de la economía, ocasionando bajas en la producción y graves dislocaciones. Esto causó irregularidades de abastecimiento y la desmoralización popular. Fidel Castro hizo en esta ocasión una autocrítica pública y hasta la fecha esta experiencia ha sido el último "sobresalto voluntarista" de Cuba en materia económica.

A partir de entonces, toda clase de índices muestran que los consejos soviéticos son atendidos con más cuidado, para bien y para mal. De esta manera, los estímulos materiales fueron reforzados, al igual que la cuanti-

ficación y los controles en todos los niveles. Se dotó a los trabajadores de un "permiso de trabajo" muy conocido en la URSS. A pesar de ello, resulta exagerado afirmar, como algunos lo hacen, que Cuba se ha convertido en una copia insignificante de la Unión Soviética. Las diferencias son numerosas y sorprendentes para el observador familiarizado con los dos países. Así, el sistema educativo cubano es más parecido al chino, por ejemplo en cuanto al hincapié sobre la relación entre el trabajo práctico y el trabajo teórico. En las universidades cubanas no hay estudiantes de tiempo completo; sólo hay "estudiantes-trabajadores" o "trabajadores-estudiantes", según sea la actividad dominante. En las comunidades agrícolas cubanas también se pueden observar mecanismos e ideas muy semejantes a las que prevalecen en China;¹⁸ sin mencionar lo específicamente cubano, como las microbrigadas en la construcción.

Puede uno interrogarse acerca del significado de la noción de dependencia en las relaciones económicas entre la URSS y Cuba. Es cierto que esta última depende casi totalmente de la URSS en lo referente a muchas de sus necesidades vitales. Sin embargo es evidente que no se trata aquí de explotación económica. De la misma manera, cuando se habla de dependencia y se considera la situación anterior de Cuba, hay que introducir la noción de control. En la actualidad no existen propiedades extranjeras en el territorio cubano. Aun cuando ahora se tomen más en cuenta que antes las opiniones de los consejeros soviéticos, las riendas de la economía están en manos de los cubanos y son quienes toman las decisiones de inversión, asignación de recursos, etc.

LAS RELACIONES POLÍTICAS: CONVERGENCIAS Y OPOSICIONES

El interés de la Unión Soviética por la revolución cubana, que justifica el compromiso de 1960, se explica en gran parte por su impacto sobre América Latina. En efecto, como se sabe, la revolución cubana sobre todo al principio suscitó una enorme corriente de simpatía popular en toda América Latina y fue un factor muy importante de movilización política. Los soviéticos vieron en la revolución cubana un poderoso incentivo revolucionario para América Latina.

Hasta entonces los escritos soviéticos constantemente hacían referencia al "movimiento de liberación nacional de los pueblos de Asia y África". América Latina se mencionaba rara vez y cuando aparecía ocupaba el tercer y último lugar. Además, hasta entonces el nacionalismo había atacado

¹⁸ Véase: *Cuba dans la Tourmente, Le Monde Diplomatique*, febrero de 1977, pp. 7-10.

a los imperios coloniales de Francia y Gran Bretaña cuya decadencia era evidente. Para los soviéticos la importancia mundial de la revolución cubana provenía del hecho de que marcaba la irrupción “de toda América Latina en el campo de la lucha activa contra el imperialismo”¹⁹ que en este caso arremetía contra el imperio más poderoso, el de Estados Unidos, en sus reductos más protegidos. En esta forma la revolución cubana, a través de sus efectos, conjugaba los intereses, a menudo difícilmente conciliables, del Estado soviético y de la revolución social.

Antes del acceso de Fidel Castro al poder, los teóricos soviéticos habían formulado algunas tesis sobre el proceso revolucionario en América Latina. Consideraban generalmente que en conjunto los países de América Latina debían enfrentarse a tres grandes tareas comunes y urgentes: 1) introducir una reforma agraria radical, 2) limitar las inversiones del capital extranjero, 3) desarrollar la industria para superar una especialización económica demasiado estrecha. Los análisis de clase que hacían los soviéticos giraban en torno a la solución de esos problemas. Así, en lo que respecta al *plano interno*, el principal enemigo hacia el que convergían todas las contradicciones era la oligarquía agraria, o los “latifundistas”, que se consideraba la clase más reaccionaria. Era vista como el freno más importante al desarrollo de las fuerzas productivas de estos países y como el principal obstáculo a la democratización política. Esta clase se caracterizaba por su inmovilidad económica y su conservadurismo político, y constituía, por lo tanto, junto con la gran burguesía ligada a los intereses extranjeros, el pilar de la penetración y de la dominación norteamericanas. En consecuencia, la lucha contra el imperialismo norteamericano reclamaba como precondition la lucha contra los “latifundistas” para implantar la reforma agraria. En la prosecución de este objetivo los autores soviéticos contaban con el campesinado, la clase obrera y la burguesía nacional. Se consideraba a esta última como un aliado de importancia. La burguesía nacional se oponía por una parte a la gran burguesía que la arruinaba o limitaba su desarrollo y no sólo le interesaba proteger el mercado interno, lo que la hacía enemiga de los latifundistas y aliada de una reforma agraria que multiplicaría las unidades de explotación y las actividades económicas internas.

Es obvio que los soviéticos no consideraban la perspectiva de una revolución socialista para América Latina. Esto, por otra parte, había sido claramente expresado en Moscú por un especialista que afirmaba que “el movimiento de liberación nacional en los países de América Latina no tiene un carácter socialista sino democrático. Dicho movimiento se plantea, como tarea inmediata, la realización de una revolución agraria anti-

¹⁹ “Cuba y la América Latina”, *Mirovaja Ekonomika i mezdunarodnye Otnosenija*, no. 7, julio de 1961, pp. 26-30.

imperialista".²⁰ De hecho se consideraba que la atracción y el impulso de movilización del socialismo eran menos fuertes que la de la reforma agraria y, sobre todo, que la del antinorteamericanismo. Debido a esto, el movimiento revolucionario debía organizarse, en una primera etapa, alrededor de estos dos objetivos.

Por lo tanto, se entiende perfectamente que en la primera fase, es decir hasta el otoño de 1960, la revolución cubana representara para los soviéticos el modelo por excelencia para América Latina y que pareciera confirmar con gran fuerza sus tesis. Sin embargo, cabe subrayar que si la revolución cubana podía ser un modelo, lo era por el contenido de sus políticas y no por sus métodos de conquista del poder, es decir, la lucha armada. A este respecto Moscú prefería no hacer comentarios.

Las razones de este silencio son numerosas. En primer lugar, se consideraba que las incitaciones de Fidel Castro a la guerrilla continental eran políticamente inoportunas ya que podían despertar la hostilidad de los gobiernos latinoamericanos más moderados, a los que había que tratar con consideración para evitar un peligroso aislamiento en el seno de la OEA. Además, se consideraba que la guerrilla a escala continental era casi impracticable debido a las condiciones particulares de cada país. Por último, la lucha armada era objeto de debates en el interior de muchos partidos comunistas latinoamericanos y los soviéticos no tenían prisa en tomar posición, evitando de esta manera herir susceptibilidades, entre ellas la de Fidel Castro.

La Unión Soviética se felicitaba de los efectos inmediatos de la revolución cubana, porque parecían favorecer en gran medida los objetivos a mediano plazo que se acaban de exponer. La popularidad de Cuba ocasionaba, según los autores soviéticos, una polarización benéfica de la burguesía nacional, una radicalización de la pequeña burguesía, particularmente entre los estudiantes y la *intelligentsia* y traía consigo la politización de las masas populares. Hay que señalar que en este periodo la prensa soviética consideraba oficialmente a Fidel Castro y a los dirigentes cubanos como "pertenecientes a la pequeña burguesía" o a la fracción "más radical de la burguesía" cubana.

Los soviéticos también consideraban que la revolución cubana, por su ejemplo y sus efectos, cumplía una importantísima función unificadora de las fuerzas progresistas de América Latina. El movimiento de solidaridad con Cuba agrupaba partidos comunistas y socialistas, así como a partidos radicales burgueses y pequeñoburgueses. Se pensaba que la colaboración

²⁰ María V. Danilevic, "Las fuerzas matrices de la lucha de la liberación nacional en América Latina", *Morivaja Ekonomika i Mezhdunarodnye Otnosenija*, no. 9, septiembre de 1960, pp. 90-98.

de Fidel Castro y de su movimiento con los comunistas cubanos, dadas las necesidades de la lucha contra la dominación norteamericana, implicaba, debido a sus consecuencias, y por las mismas razones, una disminución del anticomunismo en el seno del resto de la izquierda latinoamericana. Todo esto favorecía la formación del amplio frente político que exigía la solución de los problemas inmediatos de América Latina.

En el otoño de 1960, cuando Fidel Castro comenzó a nacionalizar el capital local, estaba de hecho forzando el modelo ideado para América Latina. Sin duda los autores soviéticos preferían cerrar los ojos ante lo que estaba sucediendo en ese entonces en Cuba para conservar el valor de ejemplo del modelo. Algunos de ellos deformaban un poco la realidad al afirmar que la burguesía nacional seguía desempeñando en Cuba un papel muy importante y aún a principios de 1961 escribían: "Es absolutamente necesario subrayar que la nacionalización no afecta en ningún momento a los pequeños industriales y comerciantes. Todo lo contrario".²¹

Al anunciar el carácter socialista de la revolución cubana en 1961 y más aún al afirmarse marxista-leninista, Fidel Castro "rompía" definitivamente el modelo previsto por la URSS. Sin embargo, esta última no lo abandonó para el resto de los países latinoamericanos. Ya hemos dicho más arriba que si a los dirigentes soviéticos les parecía inoportuna la transición de Cuba al marxismo-leninismo, era sobre todo por razones de seguridad. Sin embargo, también era porque Cuba, según ellos, con eso perdía parte de su atracción en América Latina y su valor de ejemplo de alcance inmediato. En un viaje que hice a Moscú en 1973, V. Volski, director del Instituto de América Latina, me indicaba que al convertirse Cuba al marxismo-leninismo había perdido el apoyo de la burguesía nacional del continente. Dado que se consideraba que el amplio movimiento de solidaridad con Cuba era "el movimiento de masas y de combate más importante de América Latina", cualquier sustracción de fuerza de este movimiento sólo podría ser considerada negativa. Además la nueva ola de anticomunismo lanzada en Punta del Este en enero de 1962 podía ganar terreno más alia de la burguesía nacional.

De esta forma, se podría decir que a ojos de Moscú, al ser tan apresurada, la revolución cubana no había permitido que se consolidaran en América Latina todas las repercusiones positivas de su primera etapa.

No obstante, algunos partidos comunistas latinoamericanos, entre ellos el de Uruguay, se mostraron satisfechos al ver que Castro adoptaba el marxismo-leninismo y sus órganos de prensa reconocieron a Cuba como país socialista mucho antes de que lo hiciera la URSS. De esta manera podían

²¹ A. Negrín, "Cuba sí, yankee no", *Vsemirnoe profsojuznoe dvizenie*, no. 1, 1961, pp. 3-17.

erigirse en los representantes legítimos del último giro que había tomado la revolución cubana frente a los grupos de guerrillas que se desarrollaban en varios puntos de América Latina y que reivindicaban en Cuba su modelo. Años más tarde, Fidel Castro se encargaría de retirarles esta legitimidad.

A partir de 1963, se volvió cada vez más difícil para la URSS conservar una neutralidad aparente frente al problema de la lucha armada en América Latina. Debates cada vez más violentos tenían lugar en el seno de los partidos comunistas del continente, no sólo en lo relativo a la experiencia cubana sino también debido a las invitaciones a la escisión que enviaba China a todos aquellos que estaban de acuerdo con su línea, uno de cuyos puntos fundamentales era precisamente la lucha armada. Los dirigentes de los partidos comunistas que se oponían a la lucha armada tuvieron que recurrir a Moscú para pedirle una toma de posición a este respecto.

Ahora bien, había muestras evidentes que indicaban que los dirigentes soviéticos se encontraban divididos en cuanto a este problema. La lectura de las declaraciones de los dirigentes y de la prensa de la URSS muestra que, a finales de 1963 y en el transcurso de 1964, se llevó a cabo un debate en torno a la conveniencia de la lucha armada en América Latina. Paralelamente a la línea oficial que sostenía que tanto la lucha armada como la vía pacífica eran válidas según la coyuntura propia de cada país, se esbozaban dos tendencias. La primera de ellas, que dominó hasta el verano de 1964, se oponía claramente a la lucha armada y estaba representada en la cumbre por Jrushov y por S. S. Mikhaïlov, entonces director del Instituto de América Latina. Existen dos razones para explicar su oposición. En primera instancia, consideraban que la lucha armada no favorecía la unidad de un amplio frente de acción política, que se seguía preconizando para América Latina. Finalmente, desde la crisis de los misiles, Jrushov perseguía un relajamiento estable en sus relaciones con Estados Unidos. Por lo tanto, no tenía ningún interés en que la URSS apoyara abiertamente la lucha armada en el continente americano. A pesar de la posición personal de Jrushov, algunos autores afirmaban, al principio con prudencia, la pertinencia del ejemplo cubano incluso en materia de lucha armada.²² El que diferentes autores hayan podido expresar puntos de vista divergentes sobre un tema tan delicado indica que existían divergencias en la cumbre. Las divergencias se profundizaron en el verano de 1964, cuando la revista *Kommunist*, órgano teórico del Comité Central

²² Para más detalles sobre estas divergencias de puntos de vista, véase: Jacques Lévesque, *L'URSS et la révolution cubaine*, op. cit., pp. 117-124.

del PCUS, publicó dos artículos referentes a este problema, y que claramente se contradecían.²³

La política que adoptaron los nuevos dirigentes soviéticos después de la caída de Jrushov, a finales de 1964, resolvió definitivamente esta discusión. El nuevo liderazgo patrocinó la organización de una conferencia de partidos comunistas latinoamericanos que se llevó a cabo en la Habana en diciembre de ese mismo año. Gracias al papel de mediador que desempeñó con anterioridad la URSS en esta conferencia se llegó a un convenio entre Fidel Castro y los partidos que apoyaban la lucha armada, por una parte, y la mayoría de los partidos que no estaban de acuerdo con ella, por la otra. En efecto, todos los participantes en la conferencia se comprometieron a "apoyar activamente" la lucha armada en seis países: Venezuela, Colombia, Guatemala, Honduras, Paraguay y Haití.²⁴ Como contrapartida, todos los participantes se comprometieron a apoyar a los otros partidos comunistas que optaban por la vía pacífica. La Unión Soviética endosó oficialmente los términos del convenio y comenzó a apoyar la lucha armada en los países respectivos. Lo hizo no sólo mediante declaraciones favorables de sus diarios, sino también en forma material, enviando grandes sumas a los elementos guerrilleros del Partido Comunista de Venezuela, país en donde más se había desarrollado la lucha armada.²⁵

En 1965, Fidel Castro se mostró satisfecho con el convenio. China le guardaba rencor ahora que su conflicto con la URSS se acentuaba. Empezaba a exigir que todos los verdaderos revolucionarios denunciaran toda la política soviética. Lo anterior llevó a Fidel Castro a declarar que Cuba no tenía "por qué recibir lecciones de comportamiento revolucionario de nadie". De hecho, el dirigente cubano, que estaba más interesado en el avance concreto de la lucha armada que en los debates teóricos debía pensar que, en lo referente a esta materia, la URSS era más eficaz que China, la cual lo único que podía ofrecer era fraseología. Por último, los dirigentes soviéticos no trataban de darle "lecciones de comportamiento revolucionario" sobre este problema. A principios de 1966, los dirigentes chinos cometieron el error de reducir a cerca de la mitad los suministros de arroz que enviaban a Cuba. Esto provocó un violento ataque de parte

²³ Véase: M. Kudackin y N. Mostovec, "Los movimientos de liberación en América Latina", *Kommunist*, no. 11, julio de 1964, pp. 121-130 y A. Sivolobov, "El movimiento campesino en América Latina", *Kommunist*, no. 12, agosto de 1964, pp. 100-107.

²⁴ Véase el texto del comunicado de la conferencia, *Pravda*, 19 de enero de 1965.

²⁵ Hay que señalar que el director del Instituto de América Latina, S. S. Mikhailov, que había tomado posiciones hostiles con respecto a la lucha armada, fue reemplazado a principios de 1965.

de Fidel Castro que los acusó de chantaje económico y de haberse unido, de hecho, al bloqueo norteamericano. Las relaciones sino-cubanas se deterioraron considerablemente y hasta la fecha no se han recuperado.

Evidentemente los dirigentes soviéticos se regocijaban por esta evolución que había comenzado a esbozarse a principios de 1965. Sin embargo, en poco tiempo se convertirían en el blanco de los ataques de Fidel Castro; el compromiso al que se había llegado a finales de 1964 no duraría más de un año.

La intervención de Estados Unidos para derrocar al gobierno de la República Dominicana en la primavera de 1965, ante el temor, por lo demás hipotético, de que se repitiera la experiencia cubana, causó cierta consternación en Moscú. La intervención dio lugar a la llamada doctrina Johnson, según la cual Estados Unidos no toleraría el establecimiento de otro estado comunista en el hemisferio occidental. Al mismo tiempo, la intensificación de la acción de los "boinas verdes" y de los esfuerzos de Estados Unidos para reprimir los movimientos guerrilleros en América Latina tuvo como consecuencia el nacimiento en Moscú de una teoría comparable a la de la "reacción" (*backlash*) norteamericana que siguió a la revolución cubana y a sus consecuencias. Esto, al igual que las serias derrotas que sufrió en todas partes la guerrilla en 1965, contribuyó a que los dirigentes soviéticos mostraran un cierto escepticismo en cuanto a las posibilidades de éxito de las guerrillas. Sin embargo, siguieron ateniéndose formalmente al convenio de diciembre de 1964.

Por el lado cubano, Santo Domingo vino a sumarse a los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam del Norte para agudizar los sentimientos de inseguridad que impulsaban, como se ha demostrado, la extensión de la guerrilla. Pero lo que llevó a Cuba a romper definitivamente ese compromiso a principios de 1966 fue la retirada del PC venezolano de la lucha armada; la decisión de este último fue producto de las derrotas que había sufrido en 1965, y era en la lucha venezolana en la que Fidel Castro había puesto todas sus esperanzas. Sin duda alguna esperaba que la URSS interviniera para incitar al PC venezolano a permanecer dentro de la lucha armada. Pero debido al escepticismo que hemos señalado, probablemente los soviéticos no tenían ninguna intención de hacerlo y podían resguardarse tras el principio de no intervención en los asuntos de otros partidos.

Fidel Castro comenzó pues a denunciar violentamente al Partido venezolano como un partido dirigido por traidores a la revolución y a reafirmar que, en América Latina, la revolución sólo podría realizarse mediante la lucha armada. A los que se negaban a comprometerse con esta línea, es decir, a la mayoría de los partidos comunistas, se les denunciaba como pseudo-revolucionarios. Se criticaba menos a la Unión Soviética que a los

partidos latinoamericanos, pero cuando aquello se hacía, se llevaba a cabo en forma muy severa. Así por ejemplo, Fidel Castro declaraba en mayo de 1966: "Puede suceder que un país crea construir el comunismo cuando lo que realmente construye es el capitalismo". Afirmaba, además, que no creía que una sociedad comunista pudiera existir "en un mundo en donde aún reina la miseria".²⁶

A principios de 1967, Régis Debray, después de largas conversaciones con Fidel Castro, formuló las posiciones cubanas bajo la forma de una síntesis teórica. La obra de Debray se presentaba como un programa revolucionario para América Latina. Afirmaba que la única vía revolucionaria pertinente para América Latina era la de la lucha armada y sólo de tipo cubano. En consecuencia, el "foco", núcleo de la guerrilla móvil, no debía someterse a la dirección política e ideológica de un partido, sino que como había sucedido en Cuba, la guerrilla daría lugar, posteriormente, a la formación del partido. Esta posición equivalía a negar toda utilidad a la mayoría de los partidos comunistas, que eran juzgados escleróticos, aferrados a las tácticas estériles propias de las teorías de las etapas, igual de ilusorias que el potencial revolucionario de la burguesía nacional. El reto lanzado en esta forma a nivel teórico al movimiento comunista pasó a la fase "organizativa" en agosto de 1967, en ocasión de la primera conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) que se llevó a cabo en La Habana. Se invitó a la mayoría de los grupos guerrilleros de América Latina para que enviaran un representante, pero en cambio no se invitó a ningún partido comunista sino que, al contrario, estas organizaciones fueron enérgicamente criticadas. Fidel Castro puso a votación dos resoluciones, una condenando al PC venezolano, la otra, a "ciertos países socialistas" por mantener relaciones económicas con regímenes contra-revolucionarios de América Latina. Afirmó que Cuba sólo era solidaria de los países que ponían en práctica la revolución, aunque no se apoyaran en el marxismo-leninismo. También declaró que Cuba pertenecía a una única organización internacional, que era la OLAS, convirtiéndose así en patrocinadora de un organismo internacional regional, rival del movimiento comunista. El reto era enorme justamente cuando Moscú hacía grandes esfuerzos para reorganizar el movimiento comunista.

En estas condiciones, es muy probable que los partidos comunistas latinoamericanos hayan pedido a la URSS que dictara sanciones contra Cuba, según lo afirmó Fidel Castro en su discurso en la OLAS. Posiblemente con este propósito uno de los dirigentes del Partido Comunista Argentino escribió un artículo para *Pravda* en el que identificaba al castrismo con el

²⁶ Fidel Castro, *Révolution cubaine II*, François Maspero, París, 1968, pp. 133-138.

moísmo".²⁷ Como hemos visto, la URSS no aceptó las presiones para aplicar represalias directas porque pensaba que, para todos los fines prácticos, hubieran puesto en peligro a Cuba al constituirse en una invitación a Estados Unidos para intervenir. Hasta entonces la Unión Soviética había realizado grandes esfuerzos para apoyar a Cuba y no podía facilitarle una victoria gratuita a los norteamericanos. Además, los soviéticos creían que era inoportuno aumentar las divisiones en el momento en que el conflicto sino-soviético desgarraba el movimiento comunista. Optaron entonces por el silencio y la tolerancia, manteniendo todavía, en apariencia, una posición de neutralidad entre Cuba y los partidos latinoamericanos, aunque sus verdaderas simpatías se encontraran del lado de estos últimos.

A la larga, Cuba se vio obligada a modificar su posición ante la acumulación de los desengaños que sufrió por la guerrilla latinoamericana; el más grave de ellos fue la muerte de Guevara ocurrida en Bolivia, en octubre de 1967. Sin embargo, no fue sino hasta un año después de la muerte de Guevara, que los cubanos se dieron cuenta progresivamente de la dura realidad y empezaron a esbozar lentamente, a finales de 1968 y principios de 1969, su *acercamiento* con la URSS.

Ante el fracaso de la guerrilla en el continente, los dirigentes cubanos decidieron dar prioridad a la consolidación económica de su país. Se mostraron más flexibles en lo referente a la política exterior y aprendieron a contentarse con menos. Es por esto que consideraron progresista al régimen militar peruano de Juan Velasco Alvarado, aunque no hubiera surgido de una guerrilla dirigida hacia la ruptura inmediata y total con Estados Unidos. Al dejar de ser maximalista para transformarse en minimalista, la política exterior cubana tendía a converger con la de la URSS. Cuba comenzó a cultivar sus relaciones con los estados de América Latina que manifestaban la más mínima intención de oponerse a la hegemonía norteamericana. Así, no sólo el régimen militar de Perú, sino los de Panamá y Ecuador eran acogidos favorablemente por Cuba. Cuando la Unidad Popular llegó al poder en Chile, a pesar de las reservas que visiblemente aún tenía Fidel Castro respecto a las posibilidades de la transición pacífica al socialismo, lo consideró un paso importante para el movimiento anti-imperialista de América Latina. Con esta política exterior más flexible, Cuba logró romper el bloqueo económico, político y diplomático que Estados Unidos había obligado a aplicar a casi todos los estados latinoamericanos desde 1962, lo cual, claro está, fue un triunfo para la URSS. A instancias de esta última, Cuba apoyaría la política de un cierto número de estados con el objeto de lograr una modificación en la relación de fuerzas en América Latina. De esta forma, Chile (con Allende), Perú y du-

²⁷ *Pravda*, 25 de octubre de 1967.

rante un corto periodo Bolivia (con el general Torres) formaron un bloque progresista en el interior de una organización regional que se fortaleció, El Pacto Andino, y cuyo objetivo era limitar de manera decidida la hegemonía económica de Estados Unidos.

Esas esperanzas de reducir en forma progresiva, en una región geográficamente limitada, la dominación norteamericana sufrieron un fuerte revés con el golpe de estado chileno de 1973 y la reciente evolución de la situación en América Latina.

Dado este bloqueo de las perspectivas no es asombroso que Cuba haya desviado sus energías e intenciones de cambios revolucionarios hacia África. Por lo tanto no hay por qué ver en ello, como lo hacen algunos, el reflejo de una "satelización" completa de Cuba con relación a la URSS; en el caso de Angola, Cuba se encontraba de hecho dispuesta a regresar a sus preferencias iniciales por los movimientos de guerrilla anti-imperialista. Es evidente que la URSS, contrariamente a lo que sucedía en América Latina hacia finales de los años sesenta, apoyaba a fondo esta empresa. Desde una perspectiva pragmática, los soviéticos consideran que en la actualidad, dentro del contexto posterior a Vietnam, las oportunidades de éxito de los movimientos revolucionarios son mayores en África que las que tenían en América Latina en el momento de la OLAS.

Para Fidel Castro, preocupado ante todo por el avance concreto de la revolución, el concierto político con la URSS debe parecerle, sobre todo, la prueba de eficacia que se le había denegado en los años sesenta, y no una sumisión a las intenciones soviéticas.